

Capítulo 3

Jesús habla a su iglesia del presente

([índice](#))

Apocalipsis 3:1-4: Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives y estás muerto. Sé vigilante y confirma las otras cosas que están para morir, porque no he hallado tus obras bien acabadas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepíentete, pues si no velas vendré sobre ti como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.

Después de la oscura y larga noche siempre hay un amanecer. Quienes velaron durante las largas horas de la noche anhelan el brillo reconfortante de la estrella de la mañana que anuncia la salida del sol.

Tiatira fue la iglesia de la noche más oscura del mundo. Eran las tinieblas del oscurantismo. ¡Con qué alegría debieron recibir la tenue luz que los primeros reformadores comenzaban a hacer brillar! Muchos se refieren a John Wycliffe —de Inglaterra— como a “la estrella de la mañana” de la Reforma. Dios encontró a un hombre a quien pudo usar. Wycliffe vivió en el siglo XIII.

Un siglo más tarde surgió en Bohemia Jan Huss y su discípulo Jerome de Faulfish, quienes sostuvieron valientemente la antorcha del evangelio. Ambos fueron quemados en la hoguera.

Surgía la iglesia de Sardis, la de la Reforma protestante.

Tras el oscurantismo y persecución del período de Tiatira uno esperaría que floreciera una iglesia de la Reforma llena de vida espiritual, unida, gozosa, fiel y celosa del evangelio de Cristo como lo fue la iglesia apostólica. Pero tal no fue el caso.

Los cristianos protestantes aseveraban tomar la Biblia y sólo la Biblia como su norma de fe. Pero se conformaban sin renunciar a ciertos errores de la Iglesia de Roma, y esos errores eran doctrinas que la Iglesia de Roma tomó a su vez del antiguo paganismo. En lugar de seguir a Cristo en la aceptación de nuevas verdades, los diversos cuerpos protestantes prefirieron edificar paredes que los aislaran de ellas mediante sus “credos”. Se conformaron con no avanzar en la verdad más allá que sus líderes precursores tales como Lutero y Wesley. Esa es una de las razones por la que las iglesias protestantes están divididas en multitud de denominaciones y sectas. El ángel de Sardis hacía profesión de estar vivo, pero en realidad estaba “muerto”, ya que rechazó la luz acrecentada que el Señor le proporcionó.

Entre las “[pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras](#)” se pueden mencionar hombres piadosos como Lutero, Zinderdorf, Wesley, Whitefield y otros. Esos hombres fueron usados por Dios para reavivar la vida religiosa de los habitantes de Europa, incluidos los de habla inglesa. Una de sus labores más notorias fue poner al alcance del pueblo las Santas Escrituras.

“En algunos aspectos, el siglo XVIII es el período más denostado de la historia de Inglaterra ... Nadie tiene una palabra positiva que decir de él ... ‘El estómago bien despierto y el alma muerta’. En lo que respecta a la fe, Inglaterra estaba muriendo ... El verdadero reavivamiento de la vida religiosa comienza para los angloparlantes con Wesley. Es cierto que él remodeló la conciencia de Inglaterra, pero se trata sólo de una verdad a medias. ¡En realidad la recreó!

Estaba muerta, doblemente muerta, y mediante sus labios Dios le insufló de nuevo el aliento de vida” (W. H. Fitchett, *Wesley and His Century*, 11-15). ¡Cuánto necesita hoy nuestro mundo personajes como Wesley!

Apocalipsis 3:5-6: El vencedor será vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

¿Puedes imaginar mayor honor que el de Jesús pronunciando tu nombre y reconociéndote como su santo hijo ante el Padre en el cielo y ante los millones de ángeles leales? En el juicio que está ahora en proceso (Apocalipsis 14:6-7), nuestro texto dice que va a llegar el tiempo en que toda la hueste celestial va a examinar nuestro caso personal y va a examinar el registro de nuestra vida individual.

¿Van a ver todos nuestros errores, todas las cosas vergonzosas que deseábamos que nunca salieran a la luz? Jesús sabe que no era nuestro propósito hacer todas esas cosas indignas. Hemo sido cautivos del pecado “de manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que está en mí” (Romanos 7:17). Pero cuando creemos en Cristo comenzamos a odiar el pecado, y “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Él nos purificará con su sangre.

Recuerda que Cristo está procurando salvarnos. No es su propósito encontrar un motivo para condenarnos. No nos quiere fuera, sino dentro de su reino. El Espíritu Santo está atrayendo a todos a Cristo, y nos está impartiendo su gracia celestial de forma que cada uno pueda ser “vencedor” si deja de resistirse a él y se somete a su

gracia. Nos seguirá atrayendo hacia sí a lo largo del camino. Nuestra batalla más real consiste en confiar en Dios, en confiar que nos ama, pecadores, desagradecidos, impuros y viles como sabemos que somos. Ser “**vencedor**” significa vencer la duda de que Dios nos acepta individual y personalmente. “**Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe**” (1 Juan 5:4).

Si crees en él, vencerás. Nadie que aprecie verdaderamente el amor de Jesús puede continuar viviendo en pecado. “**El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron**” (2 Corintios 5:14).

Es bueno pensar a menudo en ese momento que está pronto a venir (nadie sabe cuán pronto), cuando Jesús tome nuestro nombre en sus labios y declare: ‘Padre, este es mi hijo auténtico. Él confía en mí, y no puedo abandonarlo. Di mi vida por él y lo he de tener en mi reino’. Cuando Satanás te susurra que eres un pecador demasiado grande, que debes abandonar toda esperanza, recuerda lo que Jesús dijo del mayor pecador imaginable en la tierra: “**Al que a mí viene, no lo echo fuera**” (Juan 6:37). Aférrate a esa promesa y ve a él.

Apocalipsis 3:7-8: Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras. Por eso he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar, pues aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre.

“**Filadelfia**” significa “amor fraternal”. Ese era verdaderamente el espíritu que predominaba en la iglesia al comienzo del “tiempo del fin”, desde el año 1798 al 1844 de nuestra era. La iglesia experimentó un despertar maravilloso en todo el mundo cristiano.

Se fundaron sociedades bíblicas y se publicó la Biblia en múltiples ediciones.

Se empezaron a estudiar los libros de Daniel y Apocalipsis con seriedad y apertura de miras. Se llegó a la convicción de que se estaba cumpliendo la profecía y de que se acercaba el fin del mundo. Los creyentes estaban libres de egoísmo o de amor a lo terrenal. Convencidos de que Jesús regresaba pronto, muchos vendieron sus casas y plantaciones, y emplearon el dinero en la obra de llevar el evangelio eterno al mundo mediante las publicaciones. Se resolvieron los agravios, se hicieron confesiones y se derramaron muchas lágrimas de arrepentimiento. Desde los días de los apóstoles no había existido un espíritu de amor como ese entre el pueblo de Dios. El mensaje que el “Santo” y “Verdadero” —el Testigo fiel— da a Filadelfia no contiene ningún reproche o censura.

¿Qué significa “el que abre y ninguno cierra”?

Visitemos el santuario que construyó Moisés en la antigüedad. Allí encontramos la “puerta” que abría el sumo sacerdote, la cual nadie podía cerrar: un símbolo de la mucho mayor “puerta” que Jesús, nuestro verdadero Sumo Sacerdote celestial, abre para nosotros.

Dios dijo a Moisés que le hiciera un santuario según el modelo del templo celestial (Hebreos 8:5). Moisés construyó entonces dos estancias: el lugar santo y el lugar santísimo. La primera contenía diversos objetos que representaban la obra de Cristo como Salvador: un candelabro de siete brazos (“Yo soy la luz del mundo” Juan 8:12), una mesa con doce panes (“Yo soy el pan de vida”, Juan 6:48) y un altar de incienso en la inmediata proximidad del propiciatorio (situado en el lugar santísimo) en donde moraba la presencia de Dios (“Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo

haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” Juan 14:13). Cada día durante todo el año, el sumo sacerdote entraba con libertad a ese primer recinto.

Pero había una cortina o velo a modo de puerta, que impedía la entrada al segundo recinto. En él estaba el arca que contenía la santa ley escrita en dos tablas de piedra, siendo su cubierta superior el propiciatorio en representación del trono del Dios infinito, guardado por dos ángeles de oro. Nadie excepto el sumo sacerdote se atrevía siquiera a mirar del otro lado del velo, so pena de ser destruido en un juicio sumario por Aquel cuya presencia “es fuego consumidor” para el pecado (Hebreos 12:29).

Solamente una vez al año, en el día de la expiación, se atrevía el sumo sacerdote a entrar en el segundo recinto o lugar santísimo, para llevar a cabo una obra de reconciliación para el pueblo de Dios. Eso era para ellos un modelo, una sombra del día del juicio.

Es a esa misma obra de juicio a la que se refirió Cristo en sus palabras a la iglesia de Sardis: “Confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles” (Apocalipsis 3:5). Ese “día de la expiación” comenzó en el cielo al final de los 2300 días de Daniel 8:14. En el año 1844 de nuestra era Cristo entró como Sumo Sacerdote en el lugar santísimo para iniciar su obra final de la purificación o limpieza del santuario con el propósito de preparar a su pueblo para su segunda venida. La “puerta” al ministerio del primer recinto (lugar santo) estaba cerrada, mientras que quedaba abierta la “puerta” que da acceso a la segunda fase de su ministerio (en el lugar santísimo). Ese cambio no debe comprenderse en términos de lugar físico. Hay allí implicadas realidades espirituales.

El año 1844, al fin de los 2300 días, significó una crisis importante. Pero si bien era cierto que se había cerrado la puerta de esperanza

y de gracia por la cual la humanidad tuvo acceso a Dios durante dieciocho siglos, se le abría otra puerta y se le ofrecía el perdón de los pecados mediante la intercesión de Cristo en el lugar santísimo. Había terminado una parte de su obra tan solo para dar lugar a otra. Había aún una “puerta abierta” por la que entrar en el santuario celestial donde Cristo ministraba en favor del pecador. Entonces se comprendió la aplicación de las palabras que Cristo dirigió en Apocalipsis a la iglesia de aquel preciso tiempo.

Es mediante esa “puerta abierta” como nuestras oraciones ascienden al Padre. Alguien con mucho criterio afirmó que las sencillas oraciones dictadas por el Espíritu Santo ascenderán a través de los portales entreabiertos: la puerta abierta de la que Cristo declaró: ‘**He puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar**’ (Apocalipsis 3:8). Esas oraciones ascenderán al Padre cual perfume junto al incienso de la perfección de Cristo, y obtendrán respuesta.

La “puerta abierta” nos lleva a una nueva comprensión de preciosa verdad. Queda expuesto ante todos el tesoro de las gemas de verdad. Ninguna espada impide el acceso. La “puerta abierta” es también una oportunidad especial para predicar el evangelio de Cristo en todo el mundo (2 Corintios 2:12). Fue en el período de la iglesia de Filadelfia cuando la gran obra de predicar el evangelio de Cristo a las naciones que no lo conocían comenzó realmente. William Carey fue a India en 1793, Adoniram Judson llevó el evangelio desde América a Myanmar (Birmania) en 1813, Robert Moffat fue a predicar a África en 1817, y David Livingstone en 1840. *Church Missionary Society*, de la Iglesia anglicana, se fundó en 1799; *British and Foreign Bible Society* en 1804, y *American Bible Society* en 1816. Fueron surgiendo nuevas misiones por todo el mundo. Bien se pudo escribir de ella: “**Aunque tienes poca fuerza,**

has guardado mi palabra” (Apocalipsis 3:8, NRV-2000). Habría de sucederle una manifestación aun más maravillosa del mensaje del evangelio (Apocalipsis 14:6-12), pero la iglesia de Filadelfia sufriría persecución, como enseguida veremos.

Apocalipsis 3:9-13: De la sinagoga de Satanás, de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten, te daré algunos. Yo haré que vengan y se postren a tus pies reconociendo que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero para probar a los que habitan sobre la tierra. Vengo pronto; retén lo que tienes para que ninguno tome tu corona. Al vencedor yo lo haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá de allí. Escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, con mi Dios y mi nombre nuevo. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Muchos que en el tiempo de la iglesia de Filadelfia —desde 1931 a 1844— denigraban la predicación sobre la segunda venida de Cristo perdieron su amor por la Biblia. Las iglesias que rechazaron la comprensión de las profecías de Daniel y Apocalipsis experimentaron un gran cambio. Su experiencia religiosa vino a ser *confusa*, de modo que cumplieron lo predicho en la Escritura: “**Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad**” (Apocalipsis 14:8). Quienes rechazan la luz de la verdad cuando esta llega, se trasladan indefectiblemente a la “*sinagoga de Satanás*”.

Está ante nosotros “**la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra**” (Apocalipsis 3:10). Todos aquellos cuya fe no esté firmemente cimentada en la Palabra de Dios resultarán engañados y vencidos. Los que buscan sinceramente conocer la verdad y se esfuerzan en purificar sus

almas mediante la obediencia haciendo lo que está en su mano a fin de prepararse para el conflicto, encontrarán un refugio seguro en el Dios de verdad.

El hecho de que Dios diga “**vengo pronto**” evidencia que la iglesia de Filadelfia estaba viviendo cerca de fin del mundo. A la iglesia de Tiatira se le había dicho: “**Lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga**” (Apocalipsis 2:25), pero nada se le dijo respecto a Jesús viniendo “**pronto**”.

Al leer estas líneas puedes saber que la venida de Cristo está realmente muy cerca, puesto que el tiempo de Tiatira y de Filadelfia pasó ya. Dios ha dado a todos los que aman el libro de Apocalipsis un precioso conocimiento de su verdad para estos últimos días. Por esa razón, “**retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona**”. Jamás confíes en nadie hasta el punto de permitirle que te induzca a negar al Señor Jesús. Aunque por ahora no puedas verla, ya tienes tu corona. Te “**está reservada**” (2 Timoteo 4:8).

Apocalipsis 3:14-16: **Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: El Amén, el testigo fiel y verdadero, el Principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.**

De la misma forma en que el “**Amén**” se pronuncia al final de la oración, ese mensaje es el llamado final de las siete cartas a sus iglesias. Se aplica a la iglesia hoy, en los últimos días de la historia de este mundo. No hay una octava iglesia por venir.

“Laodicea” no es de por sí un mal nombre. Significa “juicio del pueblo” o “vindicación del pueblo”. La iglesia que representa vive en el tiempo en que se predica el mensaje de los tres ángeles, que

incluye la admonición: “¡Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado!” (Apocalipsis 14:6-12).

El tiempo de Laodicea abarca el mismo período que la obra de “juicio” o “purificación del santuario” que se inició en 1844 con la entrada de Cristo en el lugar santísimo para hacer su obra final (ver Daniel 8:14). Así, abarca el período desde 1844 hasta el fin de la historia humana, cuando Cristo regrese en su segunda venida a la tierra.

Si bien el mensaje contiene una severa reprensión, no puede llevar a confusión, ya que viene del “Testigo fiel y verdadero”. Cuando se descubre cáncer en alguien, es mucho mejor que el médico informe de forma veraz al paciente, por más que las noticias sean desalentadoras. Cuanto antes se conozca la verdad, más opciones habrá para un tratamiento eficaz. Conocer la verdad es siempre preferible a ser engañado por la mentira. ¿No debiéramos agradecer al Señor por amarnos hasta el punto de reprendernos y corregirnos?

¿Qué significa ser “caliente”? Evoca un espíritu ferviente, lleno de celo, motivado por el amor a Dios, a su verdad y a los que nos rodean y viven en tinieblas. Ser “frío” es lo opuesto, es estar tiritando y dándose cuenta de estar en una condición peligrosa, es sentir el gran deseo de acercarse al fuego a fin de calentarse.

Pero Laodicea no es caliente ni fría: no tiene un celo intenso en la obra de Dios, en su verdad o en su justicia, y tampoco comprende ni siente su terrible necesidad. Verdaderamente, de entre las siete iglesias, es la más notablemente enferma y la más necesitada.

La descripción define con precisión la condición espiritual de quienes hoy profesan estar esperando la pronta venida del Señor Jesús, pero que perdieron su celo. El mensaje a Laodicea se aplica

a los hijos de Dios que profesan creer la verdad actual. La mayoría de ellos son tibios y sólo profesan la verdad. Tienen el nombre de cristianos, pero nada de celo, fervor o devoción. No se atreven a abandonar del todo la verdad y correr el riesgo de los incrédulos, pero tampoco están dispuestos a morir al yo y aferrarse a los principios de su fe.

Ser vomitado de la boca de Jesús significa que las oraciones y adoración de los laodicenses ya no le resultan aceptables. No obstante, Jesús no dice que la situación de Laodicea sea irreversible. La expresión se escribe así en el griego original: *me11o se emesai*. *Emesai* significa vomitar (de ahí deriva la palabra emético o anti-emético); *se* es el pronombre en segunda persona, y la palabra clave es *me11o*.

Esa palabra significa “estar a punto de” hacer algo. Vuelve a aparecer en Apocalipsis 10:4, donde Juan dice que “iba a escribir” (*me11o*) lo que emitieron los “siete truenos”, pero finalmente no lo hizo. En Juan 4:47 el hijo de un oficial del rey estaba “a punto de morir” (*me11o*), pero no murió debido a que Jesús lo sanó. La NVI traduce correctamente “estoy por vomitarte de mi boca”. En nuestro lenguaje cotidiano actual, diríamos: ‘Me produces náuseas’. Su pueblo le hace sentirse mal, le produce náuseas.

Pero hay buenas nuevas en ese mensaje a Laodicea. Es posible el arrepentimiento, y a Cristo se le pueden pasar las náuseas.

Apocalipsis 3:17-19: Tú dices: Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad. Pero no sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Y unge tus ojos con colirio para que

veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete.

No estamos capacitados para ser testigos fieles y verdaderos ante otros, puesto que no sabemos cómo juzgar sus corazones. “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). La reprensión de Cristo da justo en la diana.

Nuestros corazones pueden albergar algo que nuestros labios nunca se atreverían a expresar. El pueblo de Dios jamás se jactará abiertamente afirmando: “Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”, pero Cristo lee el lenguaje del corazón. Él conoce su orgullo secreto y su autosatisfacción. Y declara: “No conoces” tu verdadera condición.

¿Te ha sucedido encontrarte en medio de una multitud, dándote cuenta de que ibas vestido de forma inapropiada, o bien que había en tu ropa o en tu cara restos de suciedad? Se trata de una situación bien embarazosa una vez descubres la realidad.

Ante la mirada divina, la iglesia de Dios en estos últimos días está en una situación vergonzosamente patética. El lenguaje griego en que se escribió Apocalipsis expresa que, entre todas las siete, el pueblo que compone la iglesia de Laodicea “es el” rematadamente “desventurado, miserable, pobre, ciego y ... desnudo”. ¿Por qué?

Porque viviendo en estos últimos días imaginamos estar casi a punto de graduarnos en la universidad, cuando en realidad carecemos del conocimiento básico que debieran tener los alumnos del parvulario. ¡Ni siquiera poseemos el “primer amor” que tuvo la temprana iglesia apostólica! (Apocalipsis 2:4). Y eso a pesar de tener a nuestra disposición la instrucción de las seis

iglesias precedentes en la historia. Ese mensaje es ciertamente el más serio que el pueblo de Dios haya jamás recibido.

¿Por cuánto tiempo ha de sufrir Cristo ese dolor y vergüenza?

Si aceptamos el remedio que nos ofrece, venceremos, y Jesús se sentirá complacido con la condición espiritual de su pueblo.

¿En qué consiste el “oro refinado en el fuego”? Pedro escribió que se trata de una fe que ha sido comprobada y desarrollada en pruebas y conflictos sufridos por causa de Cristo (1 Pedro 1:6-8). ¿Has sufrido esas pruebas? Quizá supusiste que tales conflictos significaban que Cristo te había abandonado. No es así. Está procurando darte ese “oro” que te hará verdaderamente rico. La fe se fortalece al experimentar la prueba, y en ese proceso se profundiza el amor.

¿Qué son las “vestiduras blancas”? Se trata claramente de algo que cubre la vergüenza de nuestra “desnudez”. No podremos apreciar en qué consisten las “vestiduras blancas” a menos que comprendamos lo que está implicado en la “desnudez” espiritual.

Quien superó la primera infancia siente una vergüenza profunda ante la exhibición de su desnudez. La Biblia asocia esa vergüenza física —existente incluso en las civilizaciones más primitivas— con nuestro amor natural al yo y nuestra enemistad natural contra Dios. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). Todos tenemos una mente como esa por naturaleza. Podemos intentar negar esa realidad, pero en cuanto dejamos de velar se impone nuestro egoísmo, y se manifiesta nuestra enemistad hacia los demás.

La enemistad o resentimiento contra nuestros hermanos es en realidad contra Cristo, puesto que él se reconoce en el trato rudo,

indiferente o descortés dispensado a “uno de estos más pequeños” (Mateo 25:41-45). ¡Cuán avergonzados se sentirán “los de la izquierda” en el juicio cuando se den cuenta por fin de que todas sus vidas fueron descorteses con el propio Señor! Sentirán demasiado tarde la plena vergüenza de su “desnudez”. Es una inmensa bendición que aceptemos ahora la verdad sobre nuestra situación mientras estamos a tiempo de recibir las “vestiduras blancas”.

Nadie puede “comprar” de Jesús las “vestiduras blancas” hasta haber llegado a darse cuenta de su propia rebelión interior contra Dios, avergonzándose de sí mismo por lo que es en su condición natural de no convertido. Pablo afirmó que “todo el mundo ... está bajo el juicio de Dios” (Romanos 3:19). Dado que Cristo es el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8), todo pecador en la tierra desde los días de Adán hasta los nuestros ha tenido una parte en su crucifixión. Todo el que sienta la vergüenza de esa “desnudez” querrá ser cubierto.

Así, ¿en qué consisten las “vestiduras blancas”? El que ve a Cristo crucificado y cree, es quien comprende que él tuvo una parte en crucificarlo. Los oyentes de Pedro en pentecostés recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron sus palabras: “Este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36). Experimentaron la convicción y el quebranto de corazón al sentir la vergüenza y horror de su culpabilidad, y eso les llevó al arrepentimiento (versículo 38).

Las “vestiduras blancas” representan el perdón de Jesús, quien cubre con su perfecto amor la vergüenza de nuestra desnudez del alma. Cristo oró *por nosotros* cuando clamó en presencia de quienes lo crucificaban: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

Ese es el perdón último y el único perdón verdadero que uno puede recibir. ¿Sientes la necesidad de ese perdón? ¿Lo quieres? Si es así, la vergüenza de tu desnudez queda cubierta por el manto de la justicia de Cristo.

Cuando nos sometemos a Cristo, nuestro corazón se une con el suyo, nuestra voluntad se fusiona con la suya, la mente llega a ser una con su mente y los pensamientos se sujetan a él. Vivimos su vida. Eso es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia.

¿Qué representa el “colirio”? podemos comparar los ojos con la lámpara interior del corazón. “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón” (Proverbios 20:27). “La palabra de Dios ... discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). El “colirio” —la luz que procede de la Palabra de Dios— hace que se reavive la conciencia y que avise como lo hace una espina clavada, puesto que trae convicción de pecado. Es necesario ese agujijón a fin de que seamos sanados y adquiramos el discernimiento para detectar el pecado en sus disfraces engañosos. Quien ha comprado ese colirio comenzará a verse a sí mismo tal como Dios lo ve. Entonces siente convicción de pecado, y puede dar gracias por ello, ya que Cristo lo está salvando hasta lo sumo (Hebreos 7:25). Mientras que el Sumo Sacerdote lo está salvando plenamente en el día de la expiación celestial, el Espíritu de Dios está obrando aun más profundamente en su corazón. Es así como podemos vencer.

Apocalipsis 3:20-21: Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo. Al vencedor le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono.

El propósito de ese mensaje no es condenar, sino salvar. Y realizará su obra en los corazones del pueblo de Dios en todo el mundo.

El problema no es estar en Laodicea, ya que Cristo hace la misma promesa “**al vencedor**” en Laodicea, que a los vencedores en cualquier otra de las seis iglesias. Nadie que crea en Cristo querrá abandonar Laodicea, pues es a la puerta de Laodicea a la que Cristo está llamando. Si sales por la puerta trasera mientras que un visitante llama a tu puerta de entrada, te perderás al visitante.

El problema radica en conformarse con permanecer en la tibieza, en estar satisfecho siendo “**desventurado, miserable, pobre, ciego y ... desnudo**”. Para muchas personas de bien es una gran sorpresa aprender que Cristo tuvo que vencer y pelear la misma batalla que ellos tienen. Satanás se esfuerza en que creamos que Jesús es tan distante a nosotros como para no saber nada o muy poco de primera mano acerca de nuestras experiencias en la batalla por vencer nuestro egoísmo natural. Cristo está cercano a nosotros y llama a la puerta de nuestro corazón. Dios envió “**a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros**” (Romanos 8:3-4). Cristo siempre fue puro y santo mientras “**fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado**” (Hebreos 4:15).

La promesa de Cristo al vencedor en Laodicea te asegura que, quienquiera seas y doquiera estés en tu batalla contra el pecado, Jesús ha tomado sobre sí mismo tu carga y ha vencido en tu carne, sufriendo todas las desventajas que tú sufres. Mientras estés dispuesto a creer su promesa habrá un vínculo de unión entre Cristo y tu alma.

Cuando te sientas tentado al desánimo, recuerda su promesa: “[Así como yo he vencido](#)”.

En el versículo 20 el Señor cita literalmente las palabras de la Septuaginta en Cantares 5:2 (LXX: traducción griega del Antiguo Testamento que se empleaba en los días de Jesús en esta tierra). Ese drama inspirado presenta a la joven egoísta que no quiere incomodarse levantándose de la cama para abrir la puerta a su amado. No está dispuesta a entregarse plenamente a él. Cristo pone así su sello de aprobación a ese libro de la Biblia señalando que él mismo es el auténtico héroe, y que su esposa es su iglesia en la tierra. Hasta ahora no ha estado dispuesta a entregarse completamente a él, pero se puede arrepentir. ¡Ojalá no tarde en hacerlo!

Oración: Padre amante, te agradecemos por la fidelidad de tu amor al reprendernos y castigarnos. Quienes no nos aman realmente, nos adulan y alaban de forma insincera. Venimos a ti deseosos de comprar lo que tú nos quieres vender sin dinero y sin precio. ¿Qué podemos pagar? Nada poseemos. Únicamente podemos entregarnos a nosotros mismos. Acéptanos como tus siervos voluntarios. Gracias, Señor, por haberte hecho uno con nosotros y por haber peleado nuestra batalla. Sólo nos pides que echemos mano de ti y venzamos como tú venciste. ¡Qué gloriosa compañía nos has dado en nuestro proceso de vencer! Elegimos tomar cada día la cruz de tu Hijo amado Jesús, y seguir en sus pasos. Te lo pedimos en su nombre. Amén.